

Fué, pues, al tocador, y María de Jesus acudió para asistirle en lo que necesitase para su improvisada *toilette*.

Cuando salió Elena, que ya estaba elegantemente ataviada, arrojó un grito de sorpresa y de entusiasmo.

Mi aya estaba verdaderamente encantadora.

Con aquel traje rico y perfectamente cortado, su figura lucía toda su admirable distincion, y su talle toda su elegancia y flexibilidad.

Mi buena mamá valia tanto que no podia comprender la envidia.

—Gran Dios, exclamó al ver á mi aya; ¿es ésta Felicia? ¿Es ésta? ¡Ah! ¿Por qué no hemos de amar el lujo como un dón del cielo? ¿Por qué no hemos de darle gracias por él? ¡Qué trasformacion acaba de operar ahora! ¡Qué cambio! ¡Felicia, amiga mia, venga V. al espejo! ¡Mírese aquí con cuidado! ¡Qué feliz descubrimiento el de sus gracias, para mí que adoro la belleza! Se lo confieso..... me disgustaba un poco su aire tímido y humilde, su vestido vulgar..... pero ahora estoy loca de alegría.

Miéntas esto decia, mi querida mamá daba vueltas en todos sentidos á mi aya, que se sonreia melancólicamente al recuerdo tal vez de alabanzas parecidas, escuchadas en los días en que era dichosa en el seno de su familia.

Habia arreglado sus cabellos con una negligencia llena de encantos, y con la cual lucian su armonioso color dorado y sus ondas naturales; y sobre su cabeza echó mi madre un velo ligero de tul, bajo el cual radiaba su angelical belleza como una estrella al traves de las nubes.

Terminada su *toilette* subimos á un soberbio carruaje abierto y tirado por el tronco más hermoso que entonces habia en todo Madrid, y á cuyo trote llegamos á la Fuente Castellana.

## VI.

## EN PASEO.

Nuestra llegada hizo una sensacion extraordinaria.

*La bella americana* (ya he dicho que así llamaban á mi abuela) salía poco, y todo lo que se oculta es más ambicionado que lo que está continuamente expuesto á las miradas de todos.

Ademas, no habia ninguna de las mujeres á la moda que pudiese competir en belleza, gracia y esplendidez con la madre de mi madre.

Su atavío era siempre de la más exquisita distincion y novedad, y en aquel dia la modista se habia excedido á sí misma.

Un traje de color lila subido, adornado de encajes negros, de una finura y flexibilidad extraordinarias, hacía resaltar la tez diáfana, blanca y encantadora de mi madre; un albornoz moruno blanco, con listas y borlas de seda, y un sombrero blanco muy pequeño, que dejaba escapar gruesos rizos de cabellos negros, completaban aquel atavío tan distinguido, tan elegante, tan deslumbrador.

Bajo la frente tersa, blanca, pura y jamas empañada

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

por ningun mal pensamiento, de mi abuela, brillaban dos ojos negros, rasgados, hermosos como dos luceros: dos ojos incomparables.

Cada uno de aquellos ojos tenía por dosel y corona un arco tendido de negra seda, tan fino que parecía dibujado con tinta china: sus párpados estaban guarnecidos por franjas asimismo de seda, largas, rizadas, hermosas y que, al bajar los ojos, caían sobre el sonrosado de sus mejillas.

Su nariz, pequeña y delgada, tenía el más puro dibujo griego, y su boca, de coral y perlas, resumía toda la perfección humana que es posible concebir en la boca de una mujer.

Si se añade á esto una estatura elevada, pero no tanto que dejase de ser graciosa; un talle de ninfa, una mano y un pié como sólo las americanas los poseen, se tendrá una idea de lo que era mi abuela.

Felicia parecía colocada á su lado á propósito para hacer resaltar su belleza, porque la de mi aya era de un género enteramente opuesto y mucho más dulce.

Felicia era rubia, de ojos claros, aunque ya dije que variaban de color con facilidad: sus facciones tenían una expresión muy dulce y muy triste, al paso que la de mi madre estaba llena de vida y de alegría.

Yo iba primorosamente vestida: no sé si por adular á mi abuela, cuya idolatría hacía mí era bien notoria, ó porque me hallaban todos realmente bella, el caso es que las alabanzas me envolvían como una nube perfumada.

Al atravesar nosotras la gran calle del centro, todas

las señoras que ocupaban los carruajes que pasaban cerca del nuestro, volvían la cabeza y dejaban escapar frases llenas de admiración.

— ¡Ahí va la bella americana!

— ¡Qué distinguida es!

— ¡Qué elegante!

— ¡Qué carruaje! ¡Los lacayos van de gran librea, con pelucas empolvadas, calzon corto y media de seda blanca!

— ¡Soberbios caballos!

— ¡Son los mejores que hay en Madrid, sin duda alguna!

Todo esto lo oímos, nada más que en la primera vuelta.

Segun suele suceder, el lujo y la ostentación llaman la atención antes que la belleza.

Pero ésta tuvo también sus elogios, y no pequeños, á la vuelta siguiente, cruzándose de nuevo con los otros nuestro carruaje.

— ¡Qué hermosa está la americana! exclamaron algunas elegantes mujeres.

— ¡Si parece que no pasan días por ella!

— Y esa otra bella mujer que la acompaña, ¿quién podrá ser?

— Será el aya de esa hermosa niña.

— ¡Oh, la criatura es encantadora!

— ¡Qué cabellos rubios tan hermosos!

— ¡Qué ojos tan negros y tan grandes!

— ¡Qué graciosas facciones!

— ¿Y esa niña es nieta de la americana, siendo ella tan joven?

— Nieta suya: hija de la hija única que tuvo, y que murió cuando nació la niña.

— Son tres criaturas admirables.

Estos mismos elogios se repetían todas las vueltas.

Cuando ya íbamos á retirarnos, vimos pasar por una de las calles laterales un carruaje elegante, en el que iban dos señoras, que parecían huir de la confusión de la concurrencia.

Eran mi madrastra y su madre: Magdalena iba vestida de negro, y, aunque muy bella, parecía dominada por una mortal tristeza.

Los curiosos que nos habían mirado con tanta atención repararon bien pronto en ella.

— Allí va la Condesa de los Valles, dijo una señora.

— Dicen que se ha casado á disgusto, añadió otra, y aunque lo dudaba, ahora al verla lo creo.

— Parece una muerta.

— La ha casado la ambición de su madre.

— A quien ella amaba era al coronel Sandoval.

— ¡Claro, bien se ha señalado por él y bastantes locuras ha hecho!

— ¡Verdaderamente no merecen otro nombre que el de locuras; pero la verdad es que él lo merecía.

— No digo lo contrario: en Madrid no había figura más bella que la del Coronel.

— ¿Y por qué no la dejaron casar con él?

— Por dos motivos, querida mía: en primer lugar, porque el Coronel era pobre para la desmesurada ambición de la madre de Magdalena; y en segundo, porque

él tampoco tenía mucha prisa, que digamos, en casarse con ella.

— Esa habrá sido la razón principal.

— Quizá sí... ¿Pero dónde se halla ahora el Coronel?

— Ha ido á una comisión del servicio; pero va á volver.

— ¿Y sabe la boda de su ex-novia?

— ¡Creo que no!

El lector se admirará de cómo se pudo escuchar una conversación tan larga desde un carruaje; pero esto consistía en que, por la mucha aglomeración de coches, el nuestro se había detenido en una larga fila que ocupaba toda la calle principal ó del centro, y las personas que ocupaban el que estaba detrás de nosotras eran las que hablaban así.

Yo no podía entonces comprender los sombríos y amargos dolores que se ocultaban tras aquellas superficiales palabras; pero después, amestrada por la experiencia, los comprendí demasiado bien.

¡Ay, para entender las malignas observaciones del mundo, es necesario haber sido herida por él repetida y cruelmente!

El carruaje de mi madrastra no se detuvo como los demás, á causa de ir por una calle por la que sólo pasaban algunas pocas personas que paseaban á pié.

Pasó y volvió á pasar antes de que nosotras nos moviésemos.

Esta última vez me chocó el aspecto de la persona que acompañaba á Magdalena.

Era una señora ya de edad madura, vestida sencillamente, pero con grandes pretensiones, y de aspecto altanero y duro.

Magdalena llevaba un vestido de rico gro de Nápoles, un pardesús igual adornado de encajes, y un sombrero blanco sin flores ni adornos, y de la más severa sencillez.

Á pesar de todo, su belleza era admirable, y brillaba como una estrella en medio de las nubes; comparacion de la que ya se ha abusado mucho, pero que, tratándose de aquella jóven era muy exacta.

Cerca ya del anochecer, volvimos á casa de mi abuela: se apeó ella despues de abrazarme tiernamente, y su coche nos condujo á Felicia y á mí á la de mi padre, cuando áun no habia llegado mi madrastra.

## VII.

### LÓGICA.

Deslizáronse los dias y los meses sin variacion en la apariencia, pero en realidad envueltos en negras nubes.

Mi padre y su esposa no tuvieron, ni por un mes, la dulce intimidad que hace del matrimonio la más fácil y cómoda vida que es posible llevar en la tierra.

Se trataban con frialdad y reserva, sobre todo Magdalena, cuya frente estaba siempre agobiada por una tristeza profunda.

Cuando mi padre la reconvenia por ella, le respondia sencillamente.

Ya sabes por qué estoy triste.

— ¡Aun piensas en tu amor y en aquel hombre!

— Aun y siempre: ¡ojalá le pudiera olvidar!

Esta explicita confesion, tan contraria á lo que suelen hacer las mujeres, hacía montar en ira á mi padre, acostumbrado á la adoracion sin límites de su primera esposa, mi pobre madre.

— A lo ménos, señora, le dijo un dia, podria V. tomarse el trabajo de fingir un poco.

— ¿Y para qué, caballero? preguntó Magdalena.

— Por pudor y por consideracion hácia mí.

Magdalena alzó la cabeza con altivez.

— Sé lo que debo hacer por mi pudor, señor Coude, dijo, y puede V. ahorrarse el trabajo de hablarme de él en adelante, seguro de que no faltaré á lo que me impone: en cuanto á mi consideracion hácia V., ¿cuál puede merecerme, cuando yo le he merecido tan poca, cuando le dije que amaba á otro, y sin embargo, insistió en casarse conmigo?

— ¡Es que yo amaba á V., señora! repuso mi padre: ¡ahora lo confieso casi con vergüenza!

— ¿Por qué es esa vergüenza?

— ¡Porque V. no merece mi amor!

— Retíremelo usted.

— ¿Y nada le importará?

— Nada, con tal que me deje la estimacion á que tengo derecho, porque ser desgraciada no es ser culpable. Puede V. estar seguro de que siempre respetaré el nom-

bre que me ha dado: de que le guardaré toda clase de consideraciones; esto está en mi mano; el amarle no, porque el corazón, amigo mío, no sufre leyes de nadie.

Esta lógica era terrible para la felicidad conyugal de mi padre, quien desde entonces la dió por perdida.

Herido en su amor propio, ya no pensó en conquistar aquel corazón que no veía el peligro de perder, sino que veía perdido para siempre.

Mi padre no contaba más que treinta y un años: tenía una figura seductora, una brillante posición social, una gran fortuna, una educación distinguida, y poco tardó en hallar quien acogiese sus votos entre las damas del gran mundo.

Amó y fué amado: ó más bien, creyó amar, y fué amado verdadera y profundamente.

Poco á poco se hizo hombre de mundo, hombre á la moda en la verdadera acepción de esta palabra.

Daba convites, montaba á caballo cada día, pasaba las noches jugando en el Casino y perdiendo gruesas sumas, tenía queridas y ofrecía á sus amigos magníficas cacerías.

Magdalena tomó también su partido; pero ¡cuán distinto!

Aquella soledad, de que voluntariamente se había rodeado, se hizo cada día más completa y más helada.

No iba á ninguna parte, á nadie recibía: y su madre, que había anhelado su boda creyendo satisfacer así su deseo de brillar en el mundo, halló defraudadas todas sus esperanzas.

Yo, que asistía algunas veces al salón de mi padre, sólo veía en él algunas amigas de su infancia de clase modesta, y casadas dichosamente con personas de su elección, y algunos ancianos amigos de su padre.

En cambio, el salón de mi abuela reunía una sociedad más escogida y elegante.

Cada día era *la bella americana* más elogiada, más alabada: cada día iba adquiriendo mayor fuerza de elegante, de espléndida, de gran dama, en una palabra.

Allí fué donde se dijo una noche, como una gran noticia:

—El coronel Sandoval ha vuelto.

—¿Dónde ha estado?

—Según se dice, en las Islas Baleares con una comisión del servicio.

—Mucho he oído hablar de ese hombre, observó Elena, y desearía conocerle.

—Mañana, dijo uno, tendré el honor de presentarle á usted, si me da permiso para ello.

—¡Mañana! repitió mi abuela: ¿y si él no quiere?

—¿Rehusar él venir aquí? si hace más de un año que lo desea!

—¡Es posible! ¡Pues yo nada sabía! Siendo así, tráigale usted.

Al día siguiente me hallaba yo también allí, cuando el Coronel hizo su entrada, que fué solemne.

Era un hombre alto, esbelto, elegante, varonil; su figura era bella é intachable: su cara dulce y benévola: sin embargo, la ambición estaba escrita en sus brillantes y osados ojos, y en la expresión de sus finos labios,

que asomaban por debajo de un poblado y sedoso bigote rubio graciosamente ensortijado.

Hablaba el Coronel, como despues he tenido ocasion de observar, con una elegancia natural extraordinaria: parecia valiente con reserva, galante con gravedad, leal y apasionado.

Ostentaba, en fin, todas las perfecciones, y tenía todos los defectos que son el reverso de aquéllas.

Tenía la misma edad que mi abuela, ó quizá uno ó dos años más: pero no llegaba á los treinta y cinco.

Pareció profundamente conmovido al ver á mi abuela de cerca, y esta sensacion creció cuando pudo hablarla.

Mi abuela, por su parte, quedó deslumbrada.

El Coronel se habia distinguido, desde su más tierna juventud, por un valor á toda prueba.

Contábanse de él rasgos magníficos y casi increíbles por lo grandes.

En una ocasion, durante la guerra, su arrojo decidió el resultado de una batalla próxima ya á perderse.

En otra atravesó por el campo enemigo, que inundaba una lluvia de balas, para llevar al General en jefe pliegos de la mayor importancia.

Estos y otros varios brillantes servicios le habian conquistado la alta graduacion que tenía, siendo aún tan jóven.

En cuanto á su arrojo y á su fortuna en los desafíos, ambas cosas eran proverbiales.

No era extraño que tantas y tan relevantes cualidades le hubiesen ganado la voluntad y el albedrío de Magdalena.

Sandoval habia sido el primer amor de aquella jóven, que le conoció, cuando salió del convento, á la edad de diez y seis años.

Magdalena le vió en casa de una de sus parientas y le hizo dueño de su corazon.

Durante cuatro años le amó con la más rara constancia, sin hacer caso ni de los consejos ni de la severidad de su madre, que, siendo muy avara, rehusaba á Sandoval, que no tenía más fortuna que su espada, para esposo de su hija.

Fuerza es decir tambien que no entraba por entonces en las miras del gallardo y brillante Coronel el inclinar el cuello al yugo del matrimonio.

A traves de su apariencia de gravedad y exquisita delicadeza, estaba asimismo metido entre desórdenes *encantadores*, como él los llamaba.

Estos desórdenes se reducian á su amistad con las bailarinas y actrices más en boga: y estos mismos desórdenes los solia revestir con todas las delicadezas y atenciones de la pasion más noble.

En las cenas que el Coronel daba en su casa á sus *amigas* reinaba el gusto más exquisito, y puede decirse que el mayor decoro: así es que las amigas del Coronel tenían ó afectaban modales escogidos y decentes.

Es sabido que cuanto más sumergida en la abyeccion está una mujer, tanto más anhela la consideracion y el respeto de los hombres; por lo cual aquel barniz de generosa galantería era lo que constituia la mayor seducion de Sandoval para las mujeres.

Puede suponerse cuáles serian las consideraciones de

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

éste para las señoras, cuando para aquéllas pobres criaturas eran tan grandes y tan delicadas: dedicaba á la mujer, en general, un culto que ya se va perdiendo en nuestros días, de tal modo que, al hallarlo nuestro sexo, se embriaga de alegría y de gratitud.

El Coronel, ocupado ántes en asuntos del servicio, no se habia cuidado mucho de los asuntos de galantería: pero á la vuelta de su viaje á las Baleares, pensó en conseguir un buen enlace, que era lo que sabía le convenia más.

Como una estrella en un cielo sin nubes apareció á sus ojos *la bella americana*, más bella aún por su enorme caudal que por sus atractivos y extremada hermosura.

Mi abuela cedió, como todas las mujeres, á la fascinación que ejercia el Coronel: sus propósitos de soledad, su tristeza habitual, todo sucumbió ante el encanto irresistible de Sandoval, que se apoderó de su presa con una persistencia extraordinaria.

Aquel hombre ocultaba, bajo el exterior más bello y más lleno de seducciones, un carácter calculador, avaro, helado, es decir, enteramente opuesto al leal y franco de mi abuela.

### VIII.

#### LUZ Y SOMBRA.

Yo vivia entré dos mundos opuestos: el uno, el que estaba más próximo á mí, muy triste y muy sombrío.

El otro, en el que cada día pasaba algunas horas, alegre, radioso, lleno de dulzura y de encantos.

Con el amor, la casa de mi abuela se habia transformado en un eden: las flores lo llenaban: los muebles se habian renovado, siendo los nuevos más bellos y suntuosos: el amor despojó del luto las paredes y los tapices negros, la sillería de terciopelo, los crespones que cubrian los cuadros, dejaron paso al azul, al oro, á la seda, á las flores y á las colosales lunas de Venecia.

Mi abuela, extremada en todo, rendia una especie de culto, no sólo al objeto de su amor, sino al amor mismo: los más delicados y fuertes perfumes humeaban en braseros de oro bajo rinconeras cargadas de flores: copias de los más bellos modelos de escultura levantaban, entre los jarrones, sus esbeltas cabezas: candelabros de oro sostenian bujías de rosada cera: una servidumbre interior de treinta criados, sin contar diez ó doce negros que habian seguido á mi abuela, se repartia el cuidado de aquel lindo y suntuoso palacio: en las caballerizas, además de dos carruajes á la Doumont, habia una carretela, una berlina y un landó: caballos de silla esperaban á que mi abuela quisiera descansar sobre ellos su esbelto talle: y en fin, desde el primer recibo hasta el comedor y el cuarto de baño, eran una maravilla de suntuosidad todos los aposentos de la casa.

Se comprenderá fácilmente que este aparato de lujo, de ostentación, de todo lo que se puede adquirir con una gran riqueza de bello y de voluptuoso, bastaria para embellecer á una mujer de muy escaso mérito: puede, pues, juzgarse hasta qué punto haria resaltar las gracias de